

# Los Simón Bolívar de Fernando González y Evelio Rosero: Del mito cósmico al caudillo genocida en la novela histórica colombiana<sup>1</sup>

Diego Armando Sierra\*

**Resumen:** Simón Bolívar ha sido objeto de diversas lecturas y representaciones dentro de las cuales Colombia y su literatura no ha sido la excepción. Se puede decir que el auge de la “literatura bolivarianista” tuvo su clímax en 1989 con la publicación de la novela *El general en su laberinto* de Gabriel García Márquez; pero la inquietud revisionista que la novela histórica ha tomado de la historiografía no parte ni se finaliza con el nobel colombiano. De allí que el presente ensayo se inscribe bajo la revisión acerca de cómo y por qué se inicia este *legado* mítico rescritural de la figura de Simón Bolívar, a partir del escritor Fernando González, tomando su novela *Mi Simón Bolívar* (1930), para luego, hacer un salto de casi un siglo y observar la manera cómo se deconstruye esta representación mítica y contra-histórica desde la reescritura que ejecuta Evelio Rosero con su novela *La carroza de Bolívar* (2012). Conceptos como *herencia, escritura y padre de la patria* permitirán dar cuenta de las necesidades que tuvieron los escritores para retomar la figura del líder americano al reescribirlo desde la literatura desde coyunturas sociales y políticas tan diferentes.

**Palabras clave:** Simón Bolívar, literatura colombiana, escritura, herencia, padre de la patria.

El que escribe solo puede hablar de su padre o de sus padres y de sus abuelos, de sus parentescos y genealogías.

Ricardo Piglia

El pasado 6 de mayo fue publicada en la revista *Las2orillas* una carta titulada “No queremos ninguna estatua de Simón Bolívar en Pasto”. La comunicación escrita por un ciudadano nariñense identificado como Roberto José Segovia, informaba que debido al proyecto de reestructuración del espacio urbano en la zona del Ejido, fue retirada temporalmente la estatua de Simón Bolívar del *mal llamado* Parque Bolívar y, que aprovechando estos cambios urbanísticos, el ciudadano le solicitaba al alcalde de la capital de Nariño, Pedro Vicente Obando considere seriamente el retiro definitivo de la estatua del opresor, dictador y genocida Simón

Bolívar del espacio público al ser un lugar inmerecido –como cualquier otro espacio del territorio nariñense– para un personaje que se comportó en el pasado como el “Atila andino, el azote tropical de Dios”.

Aunque desconozco la respuesta del alcalde nariñense ante tal solicitud, la comunicación envuelta de un emotivo llamado a la memoria y a la reflexión del pueblo nariñense, no deja de generarme inquietudes; más aún cuando estaba preparando esta ponencia en la cual, el eje central a tratar es precisamente la figura de Simón Bolívar en dos novelas de la literatura colombiana.

<sup>1</sup> La presente ponencia es parte del proyecto de investigación para la titulación de Maestría.

\* Estudiante de la Maestría en Estudios de la Cultura, con mención en Literatura Hispanoamericana; Licenciado en Educación Básica, con énfasis en Humanidades y Lengua Castellana por la Corporación Universitaria Autónoma de Nariño. <amorteguidieg@hotmail.com>.

Reflexionar acerca de cómo a inicios del siglo XX, Fernando González con su novela *Mi Simón Bolívar* (1930), elabora una escritura de la figura de Simón Bolívar, en la que se propone rescatar el héroe mítico y reescribirlo como el hombre portador de un nivel de conciencia cósmica mientras que, en contraste, a inicios del siglo XXI Evelio Rosero decide elaborar una escritura que va en contravía del canon y de la historiografía oficial al revelar un Simón Bolívar cobarde, traidor y genocida en su novela *La carroza de Bolívar* (2012).

Luego de revisar los innumerables elementos que componen las obras, el enfoque nuclear que a las dos novelas está siendo marcado en este trabajo por conceptos como *herencia, escritura y padre de la patria*. Conceptos que en conjunto, hilvanan el objeto con el cual cada escritor de acuerdo a su momento histórico y encontrados bajo valores económicos, sociales y políticos tan disímiles, decidieron enfocar su mirada al pasado para de allí, invocar la figura de Simón Bolívar con el fin de reescribirla desde su presente.

Para Fernando González y Evelio Rosero, testigos cada uno de su tiempo y estremecidos cada uno desde su diferencia histórica y representacional, deciden reescribir la figura de Simón Bolívar partiendo desde una inquietud, una conmoción que evidentemente permanecía incrustada en el pasado. La única manera de generar una respuesta, estaba entonces, en el devenir de la escritura y la memoria de la que provenía cada uno como descendiente de una herencia. Solo era cuestión de escucharlos. Y la escucha allí se localiza desde el presente, desde la individualidad de cada ejercicio hermenéutico.

Aquí la definición del *heredero* se enmarca para los autores-herederos desde aquello “vinculante y adherente a un lugar simbólico, ya sea por la transmisión de padres, ancestros, comunidad, cultura, valores, y en conjunto toda la red de tradiciones que lo hacen conectar con “las voces que llegan de atrás” (Saraceni 2008, 16).

De modo que la invocación que cada heredero realiza de la figura de Simón Bolívar queda enmarcada y, si se quiere, registrada dentro del *ejercicio escritural* en el que el escritor reconstruye y edifica

la reinención de la figura del padre Simón Bolívar bajo condiciones y necesidades de cada genealogía. Bajo esta idea se inscribe lo que refería al inicio de esta ponencia en el epígrafe de Ricardo Piglia al decir que: “El que escribe solo puede hablar de su padre o de sus padres y de sus abuelos, de sus parentescos y genealogías”.

La escritura “como desplazamiento que al avanzar retrocede para darle existencia a lo ausente a lo que dejó de estar, para constituir el pasado y volverlo evento” (Saraceni 2008, 207) se hace imperativo en cada novela, al permanecer ampliamente marcada la existencia de un pasado que desea hacerse acto bajo un acento propio, que está siendo removido por la herencia, donde la huella que imprime cada escritor, demarca un camino en el que se promueve un acto de presencia, que busca auscultar dentro de las cenizas del tiempo y traer al presente la figura, el *espectro* de Simón Bolívar y confrontarlo en el presente.

La herencia y la escritura se producen bajo la unidad del dispositivo del devenir, en el que el registro y la representación del padre de la patria Simón Bolívar al ser desenterrado por sus hijos-herederos, desencadena un acto de tensión de la genealogía en el que la revisión del pasado puede que actualice y construya una actualización del héroe –como veremos en la obra de Fernando González– o, más bien, en oposición a ello, el heredero al revisar las fisuras del pasado deconstruye y fractura, tanto su herencia como la representación del padre –como vemos en la obra de Evelio Rosero–.

Bernardo Tovar Zambrano en su ensayo “Porque los muertos mandan: El imaginario patriótico de la historia colombiana” alude a la *metáfora de la familia* para explicar que para la época colonial, la relación entre “la metrópoli y las colonias se representaba como un vínculo entre padre e hijos” de la cual, Simón Bolívar –el hijo– decide levantarse en armas y heroicamente asesinar al padre arrebatándole su poder. El nuevo padre de la patria fue entonces convertido por sus herederos en el mito solar bolivariano, dentro de un ejercicio que como vemos hasta el día de hoy se mantiene en el ejercicio en el que “los hijos glorificando a los padres de la patria se glorifican a ellos mismos” (Tovar Zambrano 1998, 432).

Por tanto, en resumen, se puede decir que a nivel general que la novela histórica permite conjugar tanto para la obra de Fernando González como para la novela de Evelio Rosero, elementos en los cuales la figura del heredero, la escritura y el padre de la patria están tejidos, imbricándose en el devenir del artificio estético bajo elementos de la ficción y la historiografía en los que se busca como necesidad de remoción del pasado, el imperativo individual de reescribir la figura del padre.

## El Bolívar cósmico de Fernando González<sup>2</sup>

La novela de Fernando González está inscrita dentro de lo que Seymour Menton identifica como novela histórica clásica, puesto que su carácter central radica en la recuperación y reconstrucción del personaje heroico Simón Bolívar. Aunque la obra puede ser leída como biografía, como texto histórico o documental, como libro de viajes, o como novela, tomaré esta última definición para observar la manera irónica cómo el heredero Fernando González, crea en su *alter ego* Lucas Ochoa una manera de reescribir al padre de la patria. Su *Simón Bolívar*.

El método será la escritura de la biografía de su venerado Simón Bolívar para despojarlo del Bolívar anquilosado de las estatuas y de los historiadores; esa será la base argumental de la novela, y queda expresado directamente en la narración cuando el personaje Lucas Ochoa relata: “Ahora mi solo deseo y mi finalidad única son realizar en mí, vivirlo, a Simón Bolívar. [...] Necesito bañarme en los arroyos de las vecindades de Caracas, en el lago de Valencia, en donde lo hizo pasar su niñez el preceptor. Recorrer el Orinoco y sus llanuras[...] En fin” La novela dividida en tres partes, presenta de entrada la biografía de Lucas Ochoa; luego, la biografía de Simón Bolívar escrita y comentada por el mismo

personaje (Luchas Ochoa) –quien para desmostar cómo el Libertador fue el hombre de conciencia cósmica– retoma y exalta documentos como el *Manifiesto de Cartagena*, *la Carta de Jamaica* y el *Discurso de Angostura*–. Finalmente, en la tercera parte de la novela titulada: “El hombre que se documenta” se presenta la evolución psicológica de Lucas Ochoa frente a la aproximación biográfica que hace de su héroe Simón Bolívar y termina con el viaje introspectivo en busca del Libertador.

El heredero, Fernando González, se inserta en la narración a través de su *alter ego* Lucas Ochoa tejiendo una escritura en aparente movimiento, que como su filosofía, pareciera caminar en el tiempo de forma circular; y en su guía espiritual, parece estar influenciada por el espectro de Simón Bolívar, de quien busca apropiarse y reconocerse en él a partir de su método emocional –“según el cual, comprender las cosas equivale a conmoverse con ellas” (Sanín 2015, 81–; como expansión de la energía y como búsqueda de la belleza humana.

El posesivo *mi Simón Bolívar*, es entonces el derivado directo de dicha apropiación de su método emocional: “echaré a don Simón delante de mí por calles, plazas y montes, y yo iré detrás, animándolo y comparándome con él. Será mi hijo [...] Bolívar debe ser mi Bolívar, así como el mamón es de la mujer parida; tibio como el polluelo amarillo” (González 1930, 295).

El padre de la patria que revive Fernando González se reescribe y ficcionaliza en la novela bajo los diferentes grados de conciencia que poseen los grandes hombres. Bolívar fue uno y en su proyecto biográfico su *alter ego* Lucas Ochoa decide edificar el estudio de los diferentes grados de conciencia que van en ascendencia a los méritos y virtudes de los hombres y que se definen a partir de la conciencia orgánica, la conciencia familiar, la conciencia cívica

2 Este fenómeno de reescritura de la biografía de Simón Bolívar surgió inicialmente a mediados del XIX –luego de la muerte del líder latinoamericano– debido a una “necesidad” desesperada de las élites por reivindicar a ultranza la idea de un nacionalismo en el que mediante el culto a Bolívar se lograra disimular el fracaso y se pudiera retardar el desengaño de un proyecto fallido, ampliándolo hasta ahora (Carrera Damas). Es en este ejercicio de glorificación en el que “los hijos glorificando a los padres se glorificaban a sí mismos” (Tovar Zambrano 1998, 432) desencadenó que desde finales del siglo XIX, historiadores como el venezolano Juan Vicente González, quien fuera uno de los precursores del denominado bolivarianismo que conocemos en la actualidad en las políticas de países como Venezuela y Ecuador, estuvo determinado por el dispositivo de la escritura, por el uso exacerbado de la retórica, dando como resultado la idealización de la figura mortal de Bolívar la cual fue metamorfoseando hasta llegar a convertirse en el ser mítico, enaltecido, no tanto por su ideas políticas, sino por sus hazañas y virtudes frente a la guerra.

ca, la conciencia continental, la conciencia terrestre y por último; la más importante: la conciencia cósmica. De allí que el concienciómetro –invención de Lucas Ochoa– será la herramienta para medir y estudiar el grado de conciencia de cualquier ser humano y, es con ese metro, que decide instruirse en Bolívar: en su personalidad, en su acción, en su desilusión, sus escritos (Sanín 2015, 81).

El metro, señores, sirve para medir los pueblos. Más adelante diría: ¿Y cuál es el hombre más individuo que ha tenido la Tierra?: Simón Bolívar. Nadie influyó en él; era un gran centro de conciencia. Llegó a tener, no solamente conciencia continental, sino ratos de conciencia cósmica. La individualidad, en él, se percibe tan de bulto como la más alta montaña. [...] ¡Sube, Lucas; asciende hacia la conciencia absoluta; asimila en ti a este Simón Bolívar que llegó casi hasta la conciencia cósmica! (González 1930, 77)

Luego de asimilar al Bolívar vivo dentro de su método emocional y encontrar en él la manera de revivir al padre de la patria, Fernando González a través de Lucas Ochoa retoma la herencia del padre y decide reescribirla bajo su método propio: lo invoca para habitarlo y vivirlo, asumiéndolo como suyo: “Vivo en Simón Bolívar, asimilándome su conciencia cósmica” (79). El encuentro ficcional llega a la materialización del héroe. El personaje *alter ego*, luego de evocarlo a lo largo de la narración se encuentra con él y decide apartarse en reflexión en su compañía. Viajan y lo describe en su fisonomía, lo exalta al observar sus patillas, sus ojos, su nariz y hasta puede escuchar su voz metálica como un clarín. Luego, el personaje desaparece sumergido en las reflexiones metafísicas del padre Simón Bolívar.

Queda reflejado que el interés de Fernando González, como heredero, se fundamenta en un devenir de la escritura en el que el fervor por el llamado del padre de la patria gravita en la necesidad de actualizar al héroe de cinco naciones. La coyuntura histórica entre 1930-1940 –año de biografías de Bolívar, Juan Vicente Gómez y Santander–. La idea de conmemorar el primer centenario de la muerte

de Bolívar y con ello, rescatar su ideal bolivariano, dentro de una coyuntura política en la que el triunfo liberal rompía una hegemonía conservadora de casi 50 años.

## Evelio Rosero y el Simón Bolívar genocida montado en su carroza

La novela de Evelio Rosero está enmarcada dentro de lo que Fernando Aínsa considera como nueva novela histórica, pues se trata en este caso de una “relectura distanciada o acrónica de la historia mediante una escritura carnavalesca” (Perdomo 2013, 24) en la que su intención radica en la deconstrucción histórica del mito de Simón Bolívar al reescribirlo como el *falso padre de la patria*, y exhibir la cara del traidor, cobarde y vil genocida que marcó con sangre la historia del pueblo nariñense.

La ficción se desarrolla en tres amplios momentos y su elemento central está localizado en el preámbulo de carnaval de Blancos y Negros del año 1966. Su personaje central, el doctor Justo Pastor Proceso, aparece al inicio de la novela disfrazado de simio y planea hacer una broma con la cual el pueblo de Pasto y el mundo reconociera la verdadera cara del Simón Bolívar tramposo, que rompiera con el mito falso desbordado de las escuelas y en el que sería divulgado como fabula verdadera en el que quedarán:

hilvanadas cada una de sus infames y evidentes maniobras [...] su extraordinaria capacidad para convencer a sus contemporáneos y de paso a las generaciones venideras (con cartas y proclamas ampulosas, intrigantes, delirantes y tramposas, pomposas y pedantes, ditirámicas, simulacros de Alejandro Magno y Napoleón) de que era alguien que no era, que había hecho lo que no hizo, y pasar a la historia como el héroe que no fue. (Rosero 2012, 68)

El acento de la línea argumental parece unirse – con Fernando González– al construir en el recurso ficcional del proyecto biográfico, que en Rosero, se elabora completamente opuesta, puesto que en este caso, el fin es escribir “La gran mentira de Bolívar o el mal llamado Libertador; biografía humana” (Rosero 2012, 64), a través del ginecó-

logo, ahora convertido en historiador y recopilador de historias orales fue elaborando desde hace más de veinticinco años infructuosamente.

Evelio Rosero va construyendo la cartografía de proyecto desmitificador en el devenir de su escritura, al auscultar la voz de sus padres al invocar y darle voz en la novela al historiador nariñense Rafael Sañudo (1975); voz que viene acompañada por el criticado y polémico Carlos Marx. La intención deconstructora de la figura del padre, se hace efectiva en el heredero al trasladar a la novela documentos históricos como los *Estudios sobre la vida de Bolívar* (1925) y el artículo *Bolívar y Ponte* (1858) a la vez, que los testimonios que despertaban la curiosidad del doctor en lo concerniente a aquellos testimonios que “tenían que ver con la concupiscencia del mal llamado Libertador, y no con otras de las pasiones –ira, cobardía, ambición, vanidad– en las que tan prolijo estaba” (Rosero 2012, 67).

El Bolívar genocida emerge con fuerza a través de los datos y archivos que presenta el personaje Arcaín Chivo catedrático de historia en la universidad de Nariño que busca revelar y transmitir la verdadera historia de Simón Bolívar a partir de la basta documentación del historiador José Rafael Sañudo y san Carlos Marx. La distinción despectiva y el odio referido al catedrático, quedan resaltados en la novela dentro de un tiempo en el que la revolución se cubría del manto bolivariano anclado a la errada lectura del Marx que no fue entendida por sus jóvenes y fanáticos lectores.

De modo que el Bolívar mentiroso; el delirio del dictador de los Andes; el Napoleón de las retiradas; el héroe de victorias ajenas transmisor del código napoleónico; el perpetuador de la guerra; el burgués conspirador y aprovechador; el violador de jovencitas; el asesino de Piar entre otras cualidades como la desmitificación ante el mito de soledad, pobreza y desamparo en el que aparentemente recibió la llegada de su muerte; todo estos argumentos quedan expuestos y desvirtuados en la reescritura del heredero que contrapuntea a través del mismo Rafael Sañudo quien definió en su tiempo, que la falsedad del mito del libertador fue creado por él mismo en vida y que luego de su muerte fue escrito y perpetuado por sus ante-

cesores como queda expuesto en la voz del catedrático:

Así describieron Carlos Marx y José Rafael Sañudo, cada uno a su manera, al Libertador Simón Bolívar, basados en testimonios y documentos irrefutables. Lo que no impediría que muchos años después de la pluma pluscuamperfecta del taumaturgo hechicero escribiera que el general Bolívar “siempre tuvo la muerte como un riesgo profesional sin remedio. Había hecho todas sus guerras en línea de peligro, sin sufrir rasguño [...] su desinterés no era inconsistencia ni fatalismo, sino la certidumbre melancólica de que había de morir en su cama, pobre y desnudo, y sin el consuelo de la gratitud publica” (Rosero 2012, 185).

La deconstrucción definitiva del héroe queda efectuada por el heredero a partir de los testimonios. Emerge de las cenizas el Bolívar genocida que en el devenir de la escritura es expuesto con dolor por los ancianos del pueblo. La guerra frente a una población que conscientemente se resistió a un proyecto “libertador” fue la coyuntura que desencadenó el odio y el despotismo. La guerra desigual y la marcada arremetida de Simón Bolívar se despliegan en la memoria de los abuelos y que aquí vale remarcar desde los relatos de Belencito Jojoa y Polina Agrado; de esta última, se citará un pasaje del terrible suceso ocurrido en la navidad del año 1822:

Sería el primer gran ejemplo de barbarie de la historia de Colombia, la primera gran masacre de las tantas que seguirán” luego diría: “después de esa navidad negra 400 cadáveres de civiles de todas las edades amanecieron en las calles de Pasto, sin contar con los milicianos muertos en combate, y la barbarie continuaría por tres mil días más, con la aquiescencia del general Sucre, que “cumplía órdenes”. (Rosero 2012, 238-42)

La batalla de Bomboná sería el antecedente de la primera masacre de la historia de Colombia fue originada por el mal llamado padre de la patria. El heredero resaltada la lucha y la muerte del primer guerrillero latinoamericano llamado Agustín Agualongo que junto a indios y montañeses a



punta de palos y chuzos combatieron incansablemente contra los rifles, escuadrones de guías, cazadores montados y dragones de guardia en una guerra desigual que fue cobardemente mal atribuida al padre de la patria. Se narra entonces el suceso cobarde y genocida de Bolívar en su paso por Ibarra:

En Ibarra, sin armas, sin logística, cuando descansaban, los pastusos fueron sorprendidos por un ataque de caballería demoledor: los hombres de Agualongo se abalanzaban al cuello de los animales, intentando derribarlos. Combatían sin rendirse: no creían. Como creer en la palabra de los libertadores si el mismo Libertador brillaba por su falta de palabra [...] fue una batalla monstruosa, si pudo ser batalla, por lo desigual. Y como es tradición, ante ella cierran los ojos los historiadores.

En este punto, la descripción genocida que realiza del padre se expone:

Bolívar a cierta altura del combate, enterado de la muerte de más de 500 guerrilleros pastusos y solo 8 republicanos, en lugar de suspender las acciones, de llamar al juicio o mostrar por lo menos la indulgencia del vencedor [...] hizo lo contrario [...] y cabalgó a disparar contra desarmados, aleccionando a sus lanceros para que atravesaran cuerpos y más cuerpos sin clemencia, hasta que la noche llegó. (Rosero 2012, 256-57)

De modo que la conciencia del heredero revela los actos del padre, deja al descubierto la sevicia y el genocidio de un hombre que en su delirio de grandeza y ocultado por el manto heroico es montado en su carroza y expuesto al mundo. Aunque en la novela el proyecto del médico no se logra concluir, con la escritura el heredero permite en el acto de devenir reescribir la historia de padre al poner en evidencia el desajuste que no cuadra en la historiografía oficial. La coyuntura en la que se sitúa Evelio Rosero, invoca a sus herederos a la necesidad de revisar y cuestionar el heroísmo de los padres de la patria a la vez de construir y reelaborar el tejido que une nuestra historia y nuestra memoria.

Como punto de llegada final, se concibe entonces que el acto de escribir es mirar hacia atrás con el fin de auscultar una mirada en el reflejo de aquellos espectros que devienen y ponen en tensión el presente, y es de allí, que las novelas descritas anteriormente, responden a procesos y variables históricas en las que los herederos responden a una pulsión, a una necesidad, a un efecto: el efecto Simón Bolívar; que como espectro, ronda el presente y lo seguirá haciendo por tiempo indefinido; posiblemente desde el legado de la renovación y el revestimiento de nuevos y anquilosados instrumentos retóricos y símbolos políticos o, quizá, probablemente, los nuevos herederos extiendan la mirada a la elaboración de más carrozas que refresquen la memoria y en su devenir, continúen reescribiendo la historia del padre para los próximos herederos.

Para cerrar, retomando la carta con la que inicié esta ponencia, en la que un ciudadano solicitaba la prohibición de la estatua de Simón Bolívar del espacio simbólico en Nariño voy de vuelta a la novela de Evelio Rosero para invocar la voz del personaje Belencito Jojoa con el fin de fijar paralelismos frente a una realidad que parece ficción y poner en reflexión la manera como la simbología continúa demarcando una presencia de los muertos que actúa con fuerza entre los vivos –en especial en Colombia–.

Usted camine por sobre los departamentos de Nariño, camíneselo a pie, si puede, si tiene fuerzas para romper montañas: en todas partes hay un es-

crita un “por aquí pasó Bolívar”, “aquí durmió Bolívar”, “aquí se despertó”, “aquí dio un paso”, “aquí retrocedió”, “aquí volvió a retroceder”, “aquí siguió retrocediendo”. Si hay una piedra donde dice “aquí lloró Bolívar” tiene que existir un lugar que nos recuerde aquí se tendió, aquí se levantó, aquí dijo, aquí calló, aquí cagó, aquí se orinó pero del susto. (Rosero 2012, 157)

## Lista de referencias

- Acosta, Vladimir, e Ines Quintero. 2007. *El Bolívar de Marx*. Trad. por Nora López. Caracas: Alfa.
- Aínsa, Fernando. 1996. “Nueva novela histórica y relativización del saber historiográfico”. *Revista de la Casa de las Américas*, No. 202: 9-18.
- Anrup, Roland, y Carlos Vidales. 1983. “El padre, la espada y el poder: La imagen de Bolívar en la historia y en la política”. En Carlos Vidadales, edit., *Simón Bolívar, 1783-1983: Imagen y presencia del Libertador en estudios y documentos suecos*, 35-73. Estocolomo: Instituto de Estudios Latinoamericanos-Universidad de Estocolmo.
- González Ochoa, Fernando. [1930] 2015. *Mi Simón Bolívar*, 7a. ed. Envigado: Otraparte.
- Henao Hidrón, Javier. 2014. Fernando González: *Filósofo de la autenticidad*. Medellín: Otraparte.
- Lozano, Jorge. 1987. *El discurso histórico*. Madrid: Alianza.
- Marx, Carlos. 1999. *Bolívar y Ponte*. París: Sullivier.
- Melo, Jorge Orlando. “Colombia es un tema”. Creado el 1 de abril de 2015. <<http://www.jorgeorlandomelo.com/bolivarcolombia.htm>>. Consulta: 18 de abril de 2016.
- Perdomo, William Leonardo. 2013. “El discurso literario y el discurso histórico en la novela histórica”. *Literatura y Lingüística*, No. 30 (Santiago: Universidad Católica): 15-30.
- Piglia, Ricardo. 2007. *Prisión perpetua*. Barcelona: Anagrama.
- Rosero, Evelio. 2012. *La carroza de Bolívar*. Bogotá: Planeta.
- Sanín, Carolina. 2015. *Pasajes de Fernando González*. Bogotá: Lumen.
- Sañudo, Rafael. 1975. *Estudios sobre la vida de Bolívar*. Medellín: Bedout.
- Saraceni, Gina. 2008. *Escribir hacia atrás: Herencia, lengua memoria*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Tovar Zambrano, Bernardo. 1998. “Porque los muertos mandan: El imaginario patriótico de la historia colombiana”. En Verena Radkau García y Javier Pérez Siller, coord., *Identidad en el imaginario nacional: Reescritura y enseñanza de la historia*, 421-41. México DF: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades / El colegio de San Luis de Puebla.
- Velasco Guerrero, Mauricio Gilberto. 2013. “Un ejercicio de contrahistoria en *La carroza de Bolívar*”. Tesis de maestría, Universidad del Valle, Cali.